

CUENTOS DE CALLEJA

LOS MUSICOS IMPROVISADOS

Castillo

UN labrador tenía un asno que le había servido durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habían debilitado y no podía trabajar. El amo pensó matarle para aprovechar la piel. El pollino comprendió la intención y escapó.

Después de largo caminar, encontró un perro viejo que estaba ladrando.

—¿Por qué ladras así?—dijo el asno.

—¡Ah!—contestó el perro—voy perdiendo fuerzas de día en día, y no puedo ir a casa; como no sirvo para nada, mi amo ha querido matarme: yo he logrado escapar; pero ¿cómo me arreglaré para vivir?

—No tengas cuidado, amigo—repuso el asno—; yo voy a la ciudad para hacerme músico; vente tú y haré que te reciban en la banda. Yo tocaré la trompa y tú los tímboles.

El perro aceptó, y siguieron su marcha. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino, con cara de mal humor, porque hacía tres días que llovía.

—¿Por qué estás incomodado?—le dijo el asno.

—Cuando está en peligro la cabeza, no tiene uno muy buen humor—respondió el gato—; mi edad es algo avanzada, mis dientes están gastados y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones. Mi ama quiso matarme, pero me salvé a tiempo: mas ¿qué hacer ahora? ¿Dónde ir?

—Vente con nosotros—le dijo el burro—: tú entiendes bien la música nocturna, y te harás, como nosotros, músico.

Agradó al gato el consejo y partió con ellos. Nuestros viajeros pasaron por delante de un corral, encima de cuya puerta había un gallo que cantaba con todas sus fuerzas.

—¿Por qué alborotas de esa manera?—dijo el asno.

—Estoy anunciando el buen tiempo—replicó el ga-

llo—; y como mañana es domingo, hay una gran comida en esta casa, y el ama, sin la menor compasión a mis servicios, ha dicho a la cocinera que me comerá con arroz, y ha dispuesto que me corten el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas viendo que todavía respiro.

—Cresta roja—dijo el asno—, vente con nosotros; en cualquier lado hallarás una cosa mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y, cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable.

Aceptó el gallo la proposición y echaron a andar los cuatro juntos; pero no podían llegar en aquel día a la ciudad; ya de noche, pararon en un bosque, donde decidieron descansar. El asno y el perro se colocaron debajo de un frondoso árbol; el gato y el gallo ganaron su copa, y el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado; y antes de dormirse, paseando sus miradas a los cuatro vientos, le pareció ver a lo lejos una luz, y dijo a sus compañeros:

—Debe haber alguna casa cerca de aquí, porque distingo bastante claridad.

—Siendo así—contestó el asno—marchemos hacia ese lado, porque a la verdad, este paraje no es de mi gusto. Y añadió el perro:

—En efecto, no me vendrían mal algunos huesos con su poco de carne.

Se encaminaron hacia el punto de donde salía la luz y encontraron una casa de ladrones espléndidamente iluminada. El asno se asomó a la casa y miró por una ventana.

—¿Qué ves?—le preguntó el gallo.

—Una mesa llena de manjares y botellas, y alrededor los ladrones, que, según parece, no se dan mal trato—dijo el asno.

—¡Qué bien nos vendría ese banquete a nosotros!—dijo filosóficamente el gallo.





—¡Ah, si estuviéramos dentrol!—replicó el perro.

Diéronse a pensar un medio para hacer huir a los ladrones, y al fin lo hallaron. El asno se puso debajo, colocando sus patas delanteras encima de la ventana; el perro montó sobre el asno, el gato trepó encima del perro y el gallo voló y se colocó encima del gato. Así colocados, comenzaron todos su música a una señal convenida. El asno comenzó a rebuznar, el perro a ladrar, el gato a maullar y el gallo a cantar; luego se precipitaron por la ventana dentro del cuarto, rompiendo los vidrios, que volaron en mil pedazos. Los ladrones, al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algún espectro y escaparon asustados al bosque. Entonces los cuatro compañeros comieron hasta hartarse.

Apagaron en seguida las luces y fueron a descansar. El asno se acostó en el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga, y como estaban cansados de su largo viaje no tardaron en dormirse. Pasada la media noche, cuando los ladrones vieron desde lejos que no había luz en la casa y que todo estaba tranquilo, les dijo el capitán:

—Somos unos mandrias: no hemos debido salir de la casa.

Y mandó a uno que fuese a ver lo que pasaba. El enviado lo halló todo tranquilo; entró con precaución en la cocina y fué a encender la luz, y tomando los brillantes ojos del gato por dos ascuas se acercó, y el gato saltó bufando a la cara del ladrón y le arañó horriblemente. Lleno de miedo, corrió nuestro hombre hacia la puerta; mas el perro, que estaba echado



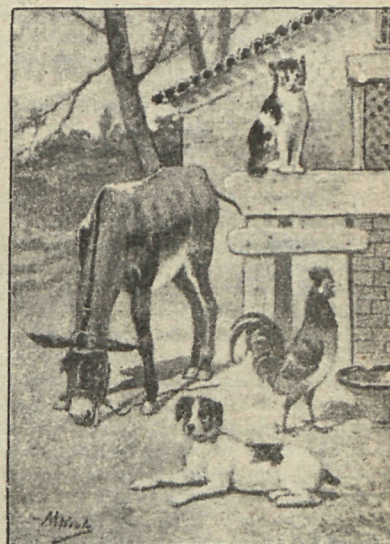
detrás de ella, y a quien pisó sin notarlo, se tiró a él y le mordió una pierna; cuando pasaba por el corral al lado del estiércol se levantó el burro y le tiró dos coces, mientras el gallo, despierto por el ruido, gritaba: ¡qui-qui-ri-qui! desde lo alto de la viga. El ladrón, más muerto que vivo, voló donde estaba su capitán, y le dijo:

—Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera que me ha arañado con sus largas uñas; junto a la puerta se halla un hombre armado con un enorme cuchillo, que me ha atravesado la pierna; se ha aposentado en el patio un monstruo negro que me ha aporreado con los golpes de una pesada maza, y en lo alto, junto al techo, se ha colocado el juez, que gritaba:

«¡Traédmele aquí, traédmele aquí!»

Aterrados los ladrones, echaron a correr como alma que lleva el diablo.

El capitán de los ladrones quiso, a pesar de todo, comprobar si era cierto lo que decían.



Al efecto, se fué aproximando a la casa, y oyó a través de una ventana la conversación que sostenían. El burro afirmaba que, gracias a sus coces, habían sido ahuyentados los ladrones. El perro sostenía que, sin su mordisco, a aquellas horas estarían todos hechos albondiguillas; el gato

alababa sus uñas, y el gallo su robusto *qui-qui-ri-qui*.

Al oír estas razones el capitán comprendió que el miedo había hecho ver visiones a su enviado, y decidió expulsar de la casa a aquellos raros inquilinos. Mas no le salió la cuenta tan sencilla como creía, porque al quererlos desalojar, el perro le dió un mordisco terrible, y el gato se le clavó en la cara dando feroces maullidos. Quiso defenderse el ladrón, mas su sorpresa llegó al colmo cuando un soberbio par de coces, aplicado debajo de la casaca, le remontó en alto como si fuera a volar. Esta vez no pudo resistir su miedo y se marchó corriendo a reunirse con sus compañeros de fechorías.

Desde entonces no se atrevieron los ladrones a entrar en la casa, y los cuatro músicos de tan improvisada orquesta, encontrándose bien en ella, no quisieron abandonarla, buscando en la caza del bosque y en su vegetación el alimento para subsistir.

FIN